

EN BÚSQUEDA DEL OTRO DESARROLLO

Gabriel Loza¹

Resumen

El objetivo del artículo es examinar la narrativa convencional del desarrollo basada en el crecimiento del PIB y luego contrastarla con la nueva narrativa del otro desarrollo, centrada en el Vivir Bien. Para tal efecto, reviso la teoría del crecimiento en el pensamiento económico, los pioneros del desarrollo, el residuo de Solow y la segunda generación con la tecnología como variable endógena. Luego, el retorno del estancamiento y los límites de la tecnología. Seguidamente, se examinan los indicadores del bienestar que van más allá del PIB, las características del otro desarrollo en el Norte y en el Sur y la experiencia concreta del Convivir Bien en Bolivia.

Palabras clave: desarrollo económico, Vivir Bien, pobreza, crecimiento económico, productividad, desarrollo sustentable.

IN SEARCH OF THE OTHER DEVELOPMENT

Abstract

The aim of this article is to examine the conventional narrative of development based on GDP growth and then contrast it with the new narrative of the other development, focused on Living Well. To this end, I review the theory of growth in economic thought, the pioneers of development, the Solow residue and the second generation with technology as an endogenous variable. Then, the return of stagnation and the limits of technology. Next, I examine the indicators of well-being that go beyond GDP, the characteristics of

¹Boliviano, Centro de Desarrollo Alternativo CENDA. Correo: engabolo14@gmail.com

the other development in the North and in the South, the concrete experience of Bolivia with Living Well.

Keywords: *economic development, Living Well, poverty, economic growth, productivity, sustainable development.*

Introducción

La narrativa convencional muestra una obsesión por el crecimiento y los modelos económicos y se centra en el PIB como el barómetro del bienestar, sin preocuparse del para qué y del para quién del crecimiento. Si bien la economía nació como ciencia de los determinantes del progreso de las naciones, como la productividad del trabajo y la acumulación de capital físico y del conocimiento, y que partió de la constatación de que la tierra era un recurso finito y de que “la subsistencia y la felicidad humana” eran uno de sus objetivos, en el largo plazo se percata de que con el estado estacionario debe cesar la acumulación.

En la década de 1930, con el surgimiento de las cuentas nacionales, el PIB se convirtió en el indicador del éxito económico y del bienestar y las teorías del crecimiento se centraron en la maximización del producto con base en modelos keynesianos (Harrod-Domar) y neoclásicos con la tecnología como variable exógena (Solow-Swan) y la tecnología como variable endógena (Romer, 1994) como la única fuente del crecimiento de largo plazo.

Se entronizó la tecnología como varita mágica del crecimiento ilimitado sin la sombra del estado estacionario al incorporar los modelos endógenos con rendimientos crecientes, pero olvidando el “factor tierra” como espacio finito y agotable, subestimando sistemáticamente el riesgo climático y valorando el trabajo solo de forma sesgada por las habilidades de los más educados, sin preocuparse de la precarización del empleo.

La nueva narrativa del “otro desarrollo” nació en el Norte con el enfoque del decrecimiento, la economía ecológica, el bien común, la gente y sus cuidados, y se irradió en el Sur, pero en el contexto de la cultura de los pueblos indígenas y afroamericanos, donde no existe la palabra progreso sino el Buen Vivir o el Vivir Bien para la satisfacción

de las necesidades materiales e inmateriales en armonía con la Madre Naturaleza y la Comunidad-Territorio.

La narrativa del otro desarrollo cuestiona la maximización del PIB a costa de la naturaleza y el trabajo con el fin de alcanzar una sociedad consumista y tecnológica. Sin embargo, la experiencia concreta de Bolivia muestra que es difícil implementar el Vivir Bien e ir más allá del PIB en un contexto en que prevalece la acumulación capitalista y la maximización del beneficio, junto con la exigencia de un elevado crecimiento económico para satisfacer las necesidades básicas, reducir la pobreza y la desigualdad con efectos negativos en el medio ambiente.

El objetivo del artículo es examinar la narrativa convencional focalizada en el crecimiento del PIB y en los modelos económicos dominantes para contrastarla con la nueva narrativa del otro desarrollo, centrada en el Vivir Bien. Para tal efecto, se revisa la teoría del crecimiento en el pensamiento económico, los pioneros del desarrollo, el residuo de Solow Robert (1956) y la segunda generación con la tecnología como variable endógena. Luego se focaliza en el retorno del estancamiento y los límites de la tecnología. Seguidamente, se examinan los indicadores del bienestar que van más allá del PIB, las características del otro desarrollo en el Norte y en el Sur, y la experiencia concreta del Convivir Bien en Bolivia.

Determinantes del crecimiento y el estado estacionario

La idea de “crecimiento económico” se remonta al pensamiento clásico y, como dijo Kuznets, es tan antigua que la obra de Adam Smith (1983) podría haberse titulado “El crecimiento económico de las naciones”². Este autor, además, fue el primero que utilizó el concepto del producto per cápita a diferencia de la producción agregada. Los economistas pioneros investigaron diversos determinantes de las “causas del adelantamiento” en plena Primera Revolución Industrial, muchos de los cuales siguen presentes en los actuales enfoques del desarrollo y en los modelos de crecimiento, tales como la división del trabajo o la especialización, la productividad del trabajo, la acumulación del capital (que precede y acompaña la división del trabajo) y otras variables explicativas, como la población y los recursos naturales y su dotación finita, los

² Citado por de Pablo (2017, p. 146).

conocimientos, el fomento a la industria y a las artes, la ampliación de los mercados y la legislación. Stuart Mill (1885) será el primero en formalizar la función de producción estándar en economía con el establecimiento de los tres “requisitos de producción”: el trabajo, el capital y la naturaleza.

No obstante haber identificado el dinamismo del capitalismo en su pleno surgimiento, los economistas clásicos se plantearon también su inevitable arribo en el largo plazo al estado estacionario como producto de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia que llevaría a la acumulación del capital solo para reposición. Para Smith, el estado estacionario, contrariamente a lo que se dice comúnmente, era un estado de “plenitud de la riqueza compatible con la naturaleza”, mientras que para Ricardo, por el contrario, era una tendencia “felizmente detenida” por las mejoras de la tecnología. Stuart Mill identificó, adelantándose un siglo a los economistas contemporáneos, las “circunstancias contra restantes” a la baja de la tasa de ganancia, como la tecnología, la ampliación de mercados y la exportación de capital. Además, tenía una visión optimista del estado estacionario como objetivo final, puesto que “no implica una situación estacionaria del adelanto humano y habría más posibilidades para perfeccionar el arte de vivir”. Su enfoque será rescatado muchos años después por la economía ecológica.

Marx (1865), paradójicamente, fue el primero en identificar la dinámica del capitalismo con base en el desarrollo de las fuerzas productivas, la tecnología y el proceso de acumulación-concentración del capital, con crisis periódicas que no terminan en un estado estacionario, sino en su superación con el modo socialista, en una sociedad post-capitalista, donde el desarrollo de la tecnología no entraría en contradicción con las relaciones sociales de producción. Los determinantes de la riqueza en Marx, como fuente original, eran el trabajo y la tierra y, como motor del dinamismo, la tecnología y la acumulación del capital.

El punto de inflexión de la teoría del crecimiento se dio en los economistas neoclásicos, con la *natura non salta* de Marshall (1890). Estos postularon que el progreso se realiza con cambios graduales y se centraron únicamente en el capital y el trabajo como factores de la función de producción clásica. De esta manera, los recursos naturales pasaron a un segundo plano, aunque manteniendo el supuesto de los rendimientos decrecientes. Para Marshall, el estado estacionario era “una ficción de largo plazo”.

Schumpeter (1946 [1935]) fue el pionero del cambio tecnológico al resaltar el rol de la “creación” junto al del emprendedor como factores dinámicos del crecimiento, en un contexto de revoluciones industriales u oleadas de innovación que nunca derivan en un estado estacionario. Indicó que el desarrollo está asociado al cambio discontinuo y que ocurre a saltos, a diferencia de los cambios marginales de los economistas neoclásicos.

En cambio, Keynes (1965), en su *Teoría general*, se centró en el corto plazo y en el papel de la inversión como determinante del nivel de empleo y crecimiento del producto. Sin embargo, cuando se trata de liberarse “de un pensamiento de cortas miras y abrir la mente hacia el futuro” (Keynes, 2016 [1930]) encuentra, además de la acumulación del capital, el control de la población, la productividad del trabajo, la ciencia y la innovación técnica como determinantes del crecimiento en el largo plazo para alcanzar la felicidad económica. La proyección del análisis keynesiano se dio a través de modelos económicos dinámicos, como el de Harrod-Domar, con énfasis en el ahorro y en la acumulación del *stock* de capital como determinantes del producto y de su trayectoria de crecimiento en el largo plazo (Jiménez, 2011). Estos modelos no se plantearon el problema del estado estacionario, pero sí el de la tendencia a la inestabilidad en el largo plazo al “filo de la navaja”, en que la economía corría el riesgo de presentar o crecimiento perpetuo del desempleo o crecimiento perpetuo de capital ocioso.

La primera generación de economistas del desarrollo se centró en los obstáculos al crecimiento, se olvidó del estado estacionario y buscó impulsar (*big push*) o despegar (*take off*) el crecimiento vía inversiones, ya que el mercado por sí solo no lo hacía. Así, la teoría del crecimiento era en realidad una teoría de la inversión. La CEPAL (1969) y la teoría de la dependencia (dos Santos, 2002) se concentraron en identificar los obstáculos estructurales y relacionaron el problema del crecimiento con la apropiación del progreso técnico y la extracción de excedentes del sistema centro-periferia, denominado capitalismo periférico.

El modelo de Solow (1956) en la década de 1950 cambió “radicalmente la investigación sobre la forma en que crecen las economías” (p. XXX) Para eludir el estado estacionario apareció, en el llamado residuo de Solow, la tecnología como variable exógena y como factor determinante del crecimiento, que no puede explicarse por la acumulación de capital o el crecimiento de la fuerza laboral.

La segunda generación de economistas del desarrollo surgió ante la crisis de los modelos de primera generación y la falta de modelación matemática, como dijo Krugman (1993). Ellos reconvirtieron la tecnología en variable endógena con Romer (1994) y los avances posteriores incorporaron el capital humano, el conocimiento, la investigación y el desarrollo (R&D). Ello significó una ruptura con los supuestos del modelo neoclásico basado en los rendimientos decrecientes y la competencia perfecta, ya que implicó incorporar el supuesto de rendimientos constantes del capital y crecientes de escala en un marco de competencia imperfecta. Por tanto, el crecimiento del producto podía ser indefinido, ya que los retornos marginales de la inversión de capital humano no necesariamente se reducen a medida que la economía se desarrolla.

Estos economistas justificaron, de manera temporal, el monopolio bajo el criterio de la protección de la propiedad intelectual para gozar en forma exclusiva de los derechos de la invención y las patentes. Con la tecnología como variable mágica, desapareció la sombra del estado estacionario. En los últimos años, la tendencia ha sido la de los “modelos abiertos”, a los que se pueden incorporar las variables que se quiera o se desee *a priori* que sean las determinantes del crecimiento, como las instituciones, la liberalización comercial y financiera, la inversión extranjera y la corrupción.

Convergencia o divergencia entre naciones

Una segunda idea que quiero desarrollar sobre el “crecimiento económico” es el problema de la convergencia de los países atrasados hacia los países avanzados, dado que si los países pobres tendieran a crecer a tasas más altas del PIB que los países ricos acabarían convergiendo en sus niveles de ingreso. Desde los clásicos se han investigado las diferencias entre las naciones “salvajes” y las “laboriosas”, como las diferenció Adam Smith (1983) en función de la especialización en la agricultura *versus* la industria. Estos economistas analizaron los diferentes progresos de la opulencia en distintas naciones y la prosperidad de las nuevas colonias e identificaron la división del trabajo como causa del “adelantamiento”.

Con las teorías del desarrollo en los años treinta se puso énfasis en impulsar el crecimiento de los países atrasados para que siguieran la trayectoria de los países adelantados y logaran establecer una sociedad de consumo. Empero, con el modelo de Solow (1956) se derriba el corolario de la convergencia absoluta, que, empíricamente, es descartada, lo

que sugiere que las brechas de ingreso per cápita de los países considerados respecto a los Estados Unidos son consistentes con procesos de no-convergencia. Finalmente, con los modelos endógenos se arribó a la convergencia condicional al interior de un país o región.

El problema actual no solo es que los países parten con niveles de *stock* de capital diferentes, sino también de capital humano y lo más grave es que la brecha digital se está ampliando, por lo que el problema no es tanto de la diferencia entre tasas de crecimiento del PIB, sino entre niveles del PIB per cápita (brecha de ingreso) y en el ritmo del cambio tecnológico (brecha digital).

En los estudios de crecimiento, sin embargo, es tradicional cuantificar cuántos años tardaría un país atrasado en alcanzar el nivel del ingreso per cápita de los Estados Unidos. Así, en cien años, el ingreso de los brasileños pasó de representar poco más de 10 % del estadounidense a 28 %, pero a ese ritmo la convergencia con el líder tardará unos trescientos años (Brando, 2021). En el caso de Chile, la relación con el PIB per cápita nominal de los Estados Unidos no ha variado en torno a 21 % y en de Bolivia incluso bajó de 5,5 % a 4,5 % entre 1980 a 2022, según datos del Fondo Monetario Internacional (FMI). Han surgido explicaciones como la “trampa de los países de ingresos medios” – como algunos de América Latina– que han alcanzado un nivel cómodo de ingresos pero que no parecen ser capaces de dar el siguiente gran salto a los ingresos altos. Esta preocupación es parte de la narrativa convencional del crecimiento, mientras que en la otra narrativa no se trata de imitar el “desarrollo” del Norte ni de alcanzarlo, sino de buscar nuevos equilibrios con la naturaleza y el bienestar.

El rol de la naturaleza y el cambio climático catastrófico

Otro ámbito que quiero abordar es el papel de la naturaleza, denominada inicialmente factor Tierra (T) por Adam Smith (1776) y David Ricardo (1817) y asociada a la renta de la tierra y a los rendimientos decrecientes. Sin embargo, para John Stuart Mill (1848), considerado como el padre de la economía ecologista, la “economía de la sociedad” dependía de la cantidad limitada de agentes naturales y en especial de la tierra. De esta manera, creía que, si la tierra ha de perder toda esa parte que tiene de agradable gracias al crecimiento ilimitado, para el bien de la posteridad la humanidad debía contentarse con el estado estacionario. En Carlos Marx (1867), el trabajo y la tierra son la fuente original

de riqueza y el capitalismo, en su dinámica, no solo expolia el trabajo, sino también la tierra.

Para los economistas neoclásicos, la tierra es uno más de los factores de producción, a los que Alfred Marshall (1963) añade la organización. En contraste con el modelo económico neoclásico, el sistema económico real depende de los insumos físicos materiales y energéticos derivados de la naturaleza, así como del trabajo y el capital (Ayres y Warr, 2009, p. xviii). Después la tierra fue olvidada en la función de producción de Solow, así como en los modelos endógenos, donde el crecimiento ilimitado era posible en un mundo que es, en realidad, una especie de nave o espacio limitado con recursos finitos ante los aumentos de la población en las regiones subdesarrolladas y con un aumento de la “permanencia” de la población en los países adelantados como producto del alargamiento de la esperanza de vida y del envejecimiento.

La profecía de Malthus (1962) sobre el problema entre crecimiento de la población y de la necesidad de alimentos fue olvidada por los neoclásicos y keynesianos hasta que fueron sacudidos en 1970 por el Informe del Club de Roma y los límites del crecimiento (Meadows *et al.*, 1972), que daba una esperanza de vida al planeta, nuestra nave, hasta 2070 si se seguía el ritmo de deterioro del medio ambiente y del agotamiento de los recursos naturales, profecía que parece próxima a cumplirse con el avance del calentamiento global.

La respuesta fue posicionar, más como eslogan que como verdadero paradigma, el desarrollo sustentable como un problema de equidad intergeneracional. El Banco Mundial (2021), en “La riqueza cambiante de las naciones”, acuñó el concepto del capital natural para identificar la contribución a la riqueza de los recursos naturales renovables y no renovables e incluso el Foro Económico Mundial posicionó el concepto de déficit ecológico, que significa tomar en cuenta los costos en el medio ambiente y la ecología que genera el crecimiento del PIB.

A los indicadores de desarrollo humano se les incorporó el efecto en el deterioro del medio ambiente con el índice de desarrollo sostenible (IDS), que mide la eficiencia ecológica del desarrollo humano, reconociendo, con ello, que el desarrollo debe lograrse dentro de los límites planetarios (PNUD, 2020).

En contraste, la nueva narrativa del otro desarrollo iniciado por Boulding (1966) planteó que la sociedad debería comenzar a considerar el PIB como un costo que debe minimizarse en lugar de un beneficio que debe maximizarse, lo que cambia la lógica de la teoría del crecimiento dominante. Postula que el crecimiento continuo no es posible en un planeta con recursos finitos, donde solo una mayor durabilidad de *stock* de capital y de la población se traduciría en una mejor ecología en el sistema como un todo. Para la economía ecológica, el estado estacionario sería el ideal con una “economía del equilibrio biofísico y el crecimiento moral”. Ello no significa que el crecimiento cero deba ser un objetivo de la política, sino que la dependencia y la defensa del crecimiento económico no deben ser un obstáculo ni una excusa para la mejora del bienestar, del pleno empleo, la eliminación de la pobreza y la protección del medio ambiente.

La economía ecológica nació en el Norte a partir del planteamiento de que el crecimiento debe terminar, pero no el desarrollo, entendido como la capacidad de la humanidad para vivir dentro de los límites ambientales de manera de usar los recursos renovables en un ritmo que no debe exceder su tasa de renovación y los recursos agotables en un ritmo no superior al de su sustitución por recursos renovables, y de generar solo residuos en la cantidad que el ecosistema sea capaz de asimilar o reciclar.

Sin embargo, pese a los Acuerdos de París de limitar el aumento de la temperatura a 1,5 °C para finales de este siglo y los deseos de reducción del calentamiento global, *existe una amplia evidencia de que el cambio climático podría convertirse en una catástrofe.*

El crecimiento y las revoluciones industriales

Es muy difícil precisar qué fue primero, si la teoría del crecimiento o la Revolución Industrial. Lo que se observa es que el surgimiento de la economía y de la teoría del progreso de las naciones de Smith y Ricardo se dieron en el contexto de la Primera Revolución Industrial mientras que la obra de Mill y Marx aparece en el contexto de la Segunda Revolución Industrial. Los clásicos no ignoraron la tecnología; si bien no la consideraron un factor de producción específico estaba presente en Adam Smith (1983) en la división del trabajo, en la productividad del trabajo, la innovación en el capital físico y en los “buenos conocimientos”. Para Ricardo (1985), la riqueza, además del trabajo, dependía de “las nuevas facilidades de producción”, que aumentan la productividad laboral.

Adicionalmente, para Mill (1985) estaba presente en el progreso de los conocimientos agrícolas, la mejora en los medios de transporte y comunicación, los adelantos mecánicos, en las “artes de producción”, en la educación y el progreso súbito en las artes de la vida. La idea de progreso de Marx, por su parte, está relacionada con el desarrollo de las fuerzas productivas, donde la tecnología cumplía un doble papel: una fuente potencial de emancipación de la sociedad, pero también un medio para aumentar la explotación del trabajador. Marx es el economista clásico que más estudió el proceso de revolución industrial de los siglos XVIII y XIX. Identificó a la maquinaria-herramienta con que arranca la revolución industrial y el rol de la tecnología, junto con la acumulación del capital y la fuerza de trabajo, como parte del crecimiento económico y dinamismo del capitalismo.

En cambio, paradójicamente, la revolución neoclásica de la economía se dio en plena Segunda Revolución Industrial a partir del lema del libro de Marshall, *natura non salta*. Esta visión introduce el cambio gradual y las variaciones marginales y no incorpora la tecnología como factor de producción, aunque Marshall lo hizo con la variable “organización”. La revolución keynesiana, que se dio en medio de dos guerras mundiales y de una gran recesión mundial, se centró en la acumulación de capital y la inversión pública en el corto plazo. Keynes, por su parte, incorporó la población y la tecnología en su perspectiva del largo plazo.

En cambio, la Tercera Revolución Industrial, iniciada a mediados de la década de 1950, estuvo acompañada de la introducción de la tecnología como factor determinante del crecimiento de largo plazo en su versión exógena (residuo de Solow) y, en los años ochenta y noventa, de los modelos endógenos de crecimiento. El progreso técnico y, por ende, el crecimiento de la economía es conducido por el sector que invierte en la investigación, el cual está motivado por los incentivos del mercado.

¿Quién acompaña a la Cuarta Revolución Tecnológica iniciada en este siglo? Posiblemente sean las diferentes versiones o variantes de modelos neoendógenos, abiertos a la incorporación de variables relacionadas con la tecnología, como los datos que aparecen como un nuevo recurso económico, así como la investigación y el desarrollo en Inteligencia Artificial (AI). Para Peter Drucker (1999), el conocimiento, más que el capital, la tierra o el trabajo, es la nueva base de la riqueza de las naciones.

El papel del trabajo y su desplazamiento actual

El trabajo fue, en Smith, Ricardo y Marx, el determinante principal de la creación del valor del producto y de la riqueza de una nación. Con Mill se posesionó como un “requisito de la producción”, es decir, como un factor más de producción, junto al capital y la naturaleza. Mill encontró que el costo del trabajo estaba en función de la eficiencia del trabajo, el salario y el costo de los bienes necesarios para la alimentación. Sin embargo, en el ideal del estado estacionario se esperaba “un cuerpo de trabajadores bien remunerados y ricos” y que el “adelanto industrial producirá su legítimo efecto: el de abreviar el trabajo humano” (Mill, 1985). Marx lo rebatió señalando que ese no era el objetivo de la tecnología, sino el de generar una mayor plusvalía. Para los neoclásicos, el trabajo siguió siendo un factor más de la producción y su remuneración en función de su productividad marginal; en cambio, para Keynes, el estado ideal en el futuro sería aquel donde la jornada de trabajo bajaría a 15 horas semanales, con tres días laborables.

Los modelos de crecimiento, con Solow, siguieron determinando el trabajo como factor de producción, pero le dieron más importancia a la acumulación del capital y a la tecnología, mientras que para los modelos endógenos, en la función de producción agregada de la economía, se sustituye el factor trabajo por el factor capital humano y se mantiene la tecnología y el capital físico, de manera tal que el crecimiento de la economía dependerá de la cantidad de capital humano asignado al sector de la investigación y el desarrollo. Así, el trabajo pasa a un lugar secundario en la función de producción, al igual que la preocupación por el pleno empleo de la fuerza laboral. La tasa de desempleo deja de ser un problema central al igual que la desvalorización del trabajo y la sobrevaloración del capital humano asignado al sector investigación. El elevado crecimiento puede seguir indefinidamente a medida que se junta cada vez a más gente muy calificada y “a medida que surgen los límites, los superamos con más I + D”.

El problema es que el cambio tecnológico, que tiende a sustituir y desplazar el trabajo, no es reciente y se remonta a la Primera Revolución Industrial, momento en que los obreros quisieron destruir los telares (los ludditas), y siguió en la Segunda Revolución Industrial con la tecnología mecánica. Marx relevó el desarrollo de las fuerzas productivas, pero también la tendencia al empobrecimiento de los trabajadores dada la función del ejército de desempleados para mantener bajos los salarios, por lo que para él solamente en la

sociedad socialista podría darse el máximo desarrollo de las fuerzas productivas sin entrar en contradicción con las relaciones sociales de producción.

Según Handel (2022), en la Tercera Revolución Industrial, en las décadas de 1950 y 1960, se argumentó igualmente que las computadoras y la automatización industrial iban a conducir a pérdidas masivas de empleos, situación que no ocurrió dadas las altas tasas de crecimiento y las bajas tasas de desempleo. Sin embargo, la preocupación por el impacto de las computadoras en los trabajos resurgió a fines de la década de 1980 debido a que la nueva tecnología favorecía cada vez más a los trabajadores más educados: el llamado cambio tecnológico sesgado por las habilidades, puesto que la propagación de las microcomputadoras reducía la demanda de trabajadores menos calificados. Pero cuando las brechas salariales dejaron de ampliarse a fines de la década de 1990, la atención se centró en la posibilidad de que la disminución de la demanda de mano de obra podía afectar a los empleos de calificación media más que a los trabajos de baja calificación porque sus tareas eran más codificables y programables.

Siguiendo a Handel (2022), los avances recientes, a partir de 2005, en robótica e inteligencia artificial (IA) han planteado la posibilidad de un desplazamiento generalizado de puestos de trabajo en un futuro próximo. Se ha estimado que 47 % de los empleos en los Estados Unidos estaría amenazado entre 2010 y 2030 por el riesgo de automatización, pero Handel encuentra que no existe evidencia empírica que apoye este punto de vista.

En contraste, la nueva narrativa del otro desarrollo plantea una revalorización del trabajo de la mujer y del trabajo en general, la reducción de la jornada laboral y una mejora del ambiente laboral. Para el “joven Marx” el trabajo era la realización de las facultades físicas y mentales por lo que el ideal de sociedad sería aquella donde el trabajo no es un medio para sobrevivir sino el fin mismo de la actividad humana. La tendencia actual no solo es a “la gran renuncia”, sino también a la “renuncia silenciosa”, puesto que los jóvenes buscan cada vez más flexibilidad y un propósito en su trabajo, además de equilibrio y satisfacción en su existencia rechazando el imperativo de vivir para trabajar. Las personas prefieren elegir un equilibrio y una vida más alegre, de manera que su identidad y autoestima no queden ligadas a su productividad laboral (Ahmed, 2022).

Indicadores que van más allá del PIB

Sin bien Adam Smith fue el primero en usar el concepto de producto per cápita, en los años treinta Simón Kuznets formalizó el concepto de producto interno bruto (PIB) con la creación de las cuentas nacionales y su análisis de la economía de los Estados Unidos, pero advirtiéndolo ya entonces que “el ingreso nacional es para la humanidad, no al revés”. Desde entonces este es el indicador más utilizado, pero también el más vituperado. Así, existe un consenso tácito de que el PIB es una “herramienta inadaptada”, “una medida anticuada”, “una medida indiscriminada del progreso” y que, como dice la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD, 2020): “En la vida hay más que las cifras del PIB. El bienestar es pluridimensional y abarca un conjunto de aspectos relacionados con la calidad y la satisfacción de la vida.

Fue el pionero de la economía ecológica, Kenneth Boulding (1966), quien planteó que el rendimiento que mide el PIB debe considerarse como un dato que hay que minimizar en lugar de maximizar y que la medida esencial del éxito de la economía no es la producción y el consumo, sino la naturaleza y el “estado de los cuerpos y mentes humanas”. En la economía del astronauta, cerrada, a diferencia de la economía del *cowboy*, abierta, lo que más preocupa es el mantenimiento de las existencias y el hecho de que cualquier cambio tecnológico que resulte en el mantenimiento de un *stock* total dado con menos producción y consumo es claramente una ganancia. La idea de que tanto la producción como el consumo son cosas malas en lugar de cosas buenas decía Boulding (1966), es muy extraña para los economistas.

De este modo, existe una serie de indicadores que va más allá del PIB, con énfasis en distintas variables, en los que aparece el tema del déficit ecológico como una variable fundamental dado que gastamos mucho más de los recursos del planeta de los que podemos regenerar. Estos indicadores también toman en cuenta la satisfacción de las necesidades materiales e inmateriales del ser humano y el balance vida-trabajo. Incluso el Banco Mundial comenzó a preocuparse por el capital humano y el capital natural como nueva riqueza de las naciones y en el Foro Económico Mundial se introdujo el concepto de déficit ecológico como una variable a minimizar. Los indicadores están y, por consiguiente, son los tomadores de decisión los que tiene que evaluar el impacto de la política económica no después, sino antes de ejecutarla, en el bienestar, la equidad, el medio ambiente o el trabajo. Así, por ejemplo, el índice de crecimiento inclusivo (IGI en

inglés) combina aspectos de las condiciones de vida, las desigualdades y el medio ambiente con la economía con un total de 27 indicadores.

Hacia una nueva narrativa

La narrativa convencional del desarrollo y el crecimiento ha tendido a circunscribir el campo, el objeto y el método de la economía al tema de la escasez, la eficiencia, la tecnología y la modelización matemática, olvidándose del para qué y el para quién es el crecimiento, el cual, además, solo es un medio para contribuir al bienestar de la humanidad. Existe en el ámbito académico un olvido de los textos, la metodología de los economistas clásicos y de su formación integral, puesto que entraban en forma natural al campo de la filosofía y la historia con una visión interdisciplinaria. Para Keynes, el economista debía ser “matemático, historiador, estadista y filósofo en algún grado” (cit. por Streeten, 2007, p. 36).

La tendencia actual es la de analizar las series de tiempo de bases de datos sobre 200 países y sacar casi las mismas conclusiones de los hechos estilizados que, sin asomo de su historia, cultura y sus cosmovisiones, tratan con desprecio conceptos como el Buen Vivir o el Vivir Bien o el Convivir Bien, desde la idea de que no caben en el ámbito de la economía positiva, puesto que corresponderían a otras disciplinas.

Los economistas clásicos se preocupaban por la felicidad, palabra no utilizada en economía, por el bienestar en general, pero no como una sumatoria de las preferencias individuales. Mill se empeñaba en el “arte de vivir”, asociado al estado estacionario, donde la acumulación del capital solo debía servir para la reposición y para que el trabajador dispusiera de su tiempo. Keynes tenía su concepción de la “buena vida” en que, además de lo material, incluía, por ejemplo, las artes. Marx buscaba el socialismo para la liberalización del trabajador y el trabajo como fin, como realización, y no como un medio para sobrevivir.

Después de un largo olvido con los economistas neoclásicos centrados en el individuo y su racionalidad, en el ser humano como un “maximizador de la utilidad”, es en el Norte, con el otro desarrollo, el decrecimiento, la economía ecológica de los comunes y los cuidados que el ser humano vuelve a ser el centro, junto con la naturaleza, en un espacio finito que se deteriora cada vez más. Y en su influencia en el Sur esta corriente se fusiona

con las cosmovisiones originarias y se formaliza con el Buen Vivir o Vivir Bien, que expresa no solo la satisfacción de las necesidades materiales e inmateriales, sino el requisito previo de armonía con la comunidad y la naturaleza.

No obstante, los intentos de integrar esta visión en la gestión pública no han sido fáciles, como queda patente en el caso boliviano, entre 2006 y 2019, por lo difícil que resulta, por una parte, conciliar el crecimiento necesario para enfrentar la pobreza y la desigualdad en armonía con la naturaleza en un contexto donde es casi imposible cambiar el modelo extractivista por uno que no dependa de los recursos naturales no renovables. Por otra parte, está la contradicción clásica entre la maximización del beneficio individual, resultante de la dinámica de la acumulación del capital, con los principios de reciprocidad, solidaridad y equidad y, en especial, con el principio de respeto a la naturaleza, como sucede con los cooperativistas mineros y los productores y comercializadores de coca, que son nuevos grupos económicos emergentes.

El Vivir Bien en el caso boliviano ha derivado en un modelo heterodoxo que, si bien concilia crecimiento con redistribución, no logra hacer lo mismo con la naturaleza y se centra en la empresa pública más que en la organización comunitaria.

Referencias bibliográficas

Ahmed, N. (2022). Qué es la “renuncia silenciosa” y por qué puede ser buena para trabajadores y empresas. *BBC News Mundo*, 22 de agosto. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-62549352>

Ayres, R. y B. Warr (2009). *The economic growth engine: How energy and work drive material prosperity*. Edward Elgar.

Banco Mundial (2021). *The changing wealth of nations 2021: Managing assets for the future*. Banco Mundial.

Boulding, K. (1966). *The economics of the coming spaceship earth*. En H. Jarrett (ed.), *Environmental quality in a growing economy*. Johns Hopkins University Press.

Brando, C. A. (2021). La convergencia del ingreso: ¿Historia de un fracaso? *Latinoamérica 21*, 26 de febrero. <https://latinoamerica21.com/es/la-convergencia-del-ingreso-historia-de-un-fracaso/>

CEPAL (1969). *El pensamiento de la CEPAL*. Editorial Universitaria.

de Pablo, J. C. (2017). *Nobelnomics*. Penguin Random House.

dos Santos, Th. (2002). *Teoría de la dependencia: Balance y perspectivas*. Plaza y Janés.

Drucker, P. (1999). *La sociedad post-capitalista*. Editorial Sudamericana.

Handel, M. (2022). Growth trends for selected occupations considered at risk from automation. *Monthly Labor Review*, julio. <https://doi.org/10.21916/mlr.2022.21>.

Jiménez, F. (2011). *Crecimiento económico: Enfoques y modelos*. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Keynes, J. M. (2016 [1930]). Posibilidades económicas de nuestros nietos. [Posibilidades-economicas-de-nuestros-nietos-Keynes.pdf \(alejandroarbelaez.com\)](#)

Keynes, J. M. (1965). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Fondo de Cultura Económica.

Krugman, P. (1993). Towards a counter-counterrevolution in development theory. Proceedings of the World Bank, Annual Conference on Development Economics 1992. Banco Mundial.

Loza, G. (2023). *Más allá del PIB: el otro desarrollo*. Plural.

Malthus, T. (1962). Crecimiento de la población y pobreza. En P. Samuelson, R. Bishop, y J. Coleman (Eds.), *Tendencias del pensamiento económico*. Aguilar.

Marshall, A. (1963). *Principios de economía: Un tratado de introducción*. Aguilar.

Marx, C. (1965). *El capital: Crítica de la economía política* (T. 1). Cartago.

Meadows, D., D. Meadows, J. Randers y W. Behrens III (1972). *Los límites del crecimiento*. Fondo de Cultura Económica.

Mill, J. S. (1985). *Principios de economía política*. Fondo de Cultura Económica.

OXFAM (2022). The commitment to reducing inequality index 2022. OXFAM.

PNUD (2020). Informe sobre desarrollo humano 2020: La próxima frontera: El desarrollo humano y el Antropoceno. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Ricardo, D. (1985). *Principios de economía política*. SARPE.

Romer, P. (1994). The origins of endogenous growth. *Journal of Economic Perspectives*, 8(1), 3-22.

Schumpeter, J. (1946 [1935]). Análisis del cambio económico. En G. Haberle (Ed.), *Ensayos sobre el ciclo económico*. Fondo de Cultura Económica.

Schumpeter, J. (1996). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Folio.

Smith, A. (1983). *La riqueza de las naciones*. Orbis.

Solow, R. (1956). A contribution to the theory of economic growth. *The Quarterly Journal of Economics*, 70(1), 65-94.

Streeten, P. (2007). ¿Qué está mal en la economía contemporánea? *Revista de Economía Institucional*, 9(16), 35-62.